

Mi primer amor

ENRIQUE
GÓMEZ CARRILLO





Narrativa

Mi primer amor

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

Colección Narrativa

Serie Biblioteca Digital Editorial Cultura 11



Ministerio de
Cultura y Deportes

Una publicación de Editorial Cultura
editorialcultura@mcd.gob.gt

©Obra de dominio público

Jefe de Editorial Cultura en funciones: Génesis Ramos
Diagramación: Alejandro Reyes
Ilustración de portada: Martín Díaz Valdés
Edición al cuidado de: Rubí Véliz Catalán

Los ojos de la pantera

Mi existencia de joven dependiente aristocrático se deslizaba feliz y activa entre las realidades modestas de mis quehaceres y las magníficas ilusiones de mis ensueños. Poco a poco, la idea de que yo había nacido para el comercio se arraigaba en mi cabeza con fuerza de dogma. Me parecía que el arte de comprar y vender, ganando siempre en la operación, no tenía secretos para mi inteligencia. Examinando las facturas de las casas de Barcelona que nos enviaban «artículos de París», y comparándolas con los precios que nuestras parroquianas pagaban aun después de regatear mucho, me daba cuenta de que no hay en el mundo negocio más pingüe que el del tendero. Muy francote, muy socarronamente cínico, don Ángel, lejos de negar sus beneficios, solía decirme, riendo:

—Sí, chico, sí... mejor que esto no hay más que el robo... Pero no te olvides de que es indispensable quejarse siempre de lo mal que van las cosas, de lo poco que se gana, de lo triste de estos tiempos menguados... Fíjate en mi modo de operar...

Y, en efecto, cuando era él mismo quien despachaba, los clientes casi no se atrevían a pedirle rebajas; de tal modo juraba que, al dar aquellas cosas que valían un duro en tres o cuatro, salía perdiendo.

—Voy a enseñar a usted las facturas de la fábrica —decía moviendo papeles—, y verá que no le pongo sino el

precio justo... Con personas como usted yo no quiero hacer negocio...

Al fin, usando de su supremo argumento, exclamaba:

—Nada... nada... Para usted no hay precio... Usted se lo lleva en lo que quiera... Y, aunque no quiera usted dar un real, se lo lleva... ¡Pues faltaba más!... ¡Un amigote!...

A nosotros mismos, los de la casa, que en teoría teníamos derecho a comprar lo que queríamos a precio de coste, creo que también nos hacía pagar algún porcentaje de beneficio. Yo, sin embargo, lo encontraba todo tan barato, que no resistía nunca a la tentación de llevarme algo cada tarde, haciendo que el cajero lo apuntara en mi cuenta. Mi madre, mi padre, mis hermanos, mis parientes, mis amigos, el mundo entero, en suma, recibía regalos míos. Pero, ¡ay! Al llegar el fin del mes, nunca me tocaba un real de mi sueldo, sino que, por el contrario, siempre quedaba debiendo algo. En vano toda mi familia me daba consejos de economía y protestaba contra la profusión de mis obsequios. Derrochador por instinto, me era imposible dejar de comprar por comprar, por gastar, por satisfacer una necesidad física. Ahora mismo, ya tan lejos de la adolescencia, me ocurre muy a menudo detenerme ante las vidrieras del bulevar y enamorarme de los más absurdos *bibelots*, de los objetos más inútiles, de las cosas más infantiles.

—Con lo que usted ha ganado en su vida —suelen decirme mis amigos—, podría ser rico.

Cierto que han pasado por mis manos muchísimos miles de duros, sin que yo haya guardado nunca nada. Pero

no lo lamento. Lo que lloro es no haber sabido conservar las innumerables reliquias, los incontables objetos de arte que he poseído. Hasta los recuerdos de mis viajes, hasta las imágenes de amor, las he regalado.

Mi maestra en este punto fue aquella extraña dama ibseniana que, yendo a comprar medias, se llevó mi corazón... Yo soñaba en ella día y noche, sin esperanza de volverla a ver. Por las señas nadie la conocía en Guatemala. Y yo había ya perdido la esperanza de encontrarla, cuando una tarde, poco antes de cerrar nuestro bazar, se presentó de nuevo y compró, compró mil tonterías, compró cintas, plumas, encajes, perfumes... Yo le hice un paquete muy coquetón, atado con un cordel de seda. Luego le pregunté si quería que se lo mandara aquella misma noche.

Ella me miró con sus ojos glaucos y murmuró:

—¿No podría traérmelo usted?

Don Ángel González, lleno de respeto para una parroquiana que no regateaba, contestó por mí:

—¡Ya lo creo, señora!... Yo se lo llevaré a usted si quiere...

La desconocida puso su tarjeta sobre el mostrador y repitió dirigiéndome una sonrisa:

—Usted, *petit*; tráigamelo usted a la hora que quiera.

—A ver, cómo se llama esta lechuga —exclamó el amo.

Y después de leer la tarjeta, dijo con tono respetuoso:

—Edda Christensen... sí, ya sé... debe ser la mujer del ministro XX... Bastante fea es, con su cuerpo de palo de escoba y su máscara blanca...

Yo la encontraba divina en su palidez iluminada por dos inmensas pupilas verdes y, a través del tiempo, sigo convencido de que no he vuelto a ver una belleza tan rara, tan alucinante. Para un tendero andaluz, acostumbrado a la hermosura morena y sana, claro que aquella faz lívida, en la que la boca de carmín resaltaba cual una mancha de sangre y las ojeras azules ahondaban las órbitas, tenía que chocar como un capricho carnavalesco. A mí me enloqueció de tal modo, que todavía años después, cuando había renunciado al comercio para consagrarme a la literatura, una de las primeras páginas líricas que escribí, y que conservo por casualidad, es una especie de poema en honor de sus ojos. «A veces, por la noche —dice esa página—, cuando, rendido por el peso de sus miradas, me quedo dormido, sus pupilas se dilatan en la bruma de mi sueño y me hacen temblar. Últimamente, temeroso de ahogarme en sus efluvios, les pedí por Dios que me dejaran tranquilo, que no me persiguieran más con sus luces fosforescentes, que tuvieran lástima de mí. Y fue horrible... Se marcharon, me dejaron solo, ya no tuve frío, ya no sufrí, y mi alma, mi pobre alma enamorada, sufrió, sin embargo, mil veces más de no sufrir... Pero volvieron. En su crueldad infinita, son clementes... Y allí están de nuevo, siempre míos, siempre fijos, muriendo conmigo, matándome dulcemente, piadosamente, sin perder un minuto, ni un segundo; matándome de las mil muertes de que ellos han perecido... Porque son ojos muy antiguos, conservados en lágrimas... Son tal vez ojos de Cleopatra, palidecidos por los siglos... Los ojos de

Salomé, arrepentidos... Son los ojos de todas las princesas lejanas muertas de amor... ¡Son tan claros, tan fluidos, tan tiránicos! A veces parecen turquesas iluminadas por una luz espectral; a veces son ópalos mates, con toda el agua de la gema glauca, pero sin sus cabrilleos de luz; a veces son esmeraldas casi blancas... En la penumbra de nuestras horas de amor, son como llamas que se ahogan en un pié-lago, y que luego resucitan, y luego vuelven a morir, y que así, muriendo y reviviendo, me hacen gozar y padecer del vértigo de lo infinito».

Naturalmente, la primera noche en que fui a casa de mi bella extranjera no sentí de una manera tan literaria lo raro de su gracia. Comparada con mis paisanas, me parecía extraña, a causa de su cabellera muy rubia, de sus ojos muy verdes, de su rostro muy blanco, de sus labios muy rojos. Eso era todo. Y así, cuando después de ofrecirme una taza de té me preguntó, risueña, por qué la miraba asustado, no pude sino balbucear algunas excusas vulgares en las cuales iba envuelto un homenaje a lo que yo llamaba su *jolie figure*.

—¡Oh! pas jolie, pas jolie... —gorjeó ella.

En seguida, acercando su silla a la mía, me preguntó mi nombre, mi edad, mi situación. Yo le hablé de todo con sencillez sincera.

—A su madre —me dijo al oír mi apellido— la conozco... La he visto en casa del ministro de España... ¡Qué linda es!

Y cogiendo una de mis manos entre las suyas, agregó:

—Tiene usted su misma boca, sus mismos ojos... En ella pensé cuando le vi en el «Bazar de la sorpresa»... Pero cómo iba yo a figurarme que el hijo de una dama tan distinguida...

No terminó su frase. Yo sentí, sin embargo, al mismo tiempo que la vergüenza de mi estado, la pena de pensar que aquella mujer no me amaría nunca a causa de mi humillante carácter de hortera. «Este afecto que me demuestra, me dije, es por lástima... He venido como un criado a traerle un paquete... En vez de darme una propina, me ofrece una taza de té...». Y obedeciendo a un impulso del amor propio herido, me puse de pie bruscamente para despedirme. Pero ella me detuvo y, cual si adivinara mis cavilaciones, murmuró:

—Seguramente su familia no le deja en ese puesto sino para castigarlo y obligarlo a estudiar... ¿Quiere usted que yo le hable a su madre?

—No, señora; mil gracias —le contesté—. Yo creo que mi único porvenir se halla en el comercio.

Sin insistir, se levantó de su asiento, silenciosa, como irritada por una súbita contrariedad, y me acompañó hasta la puerta de su chalet, situado en medio de un jardín. Era ya de noche. Una brisa tibia, olorosa a rosas y jazmines acariciaba nuestras frentes. De un árbol caían los gorjeos entrecortados de un ruiseñor y de otro llovían flores níveas, ligeras cual copos de escarcha. Envuelta en un traje colán que marcaba sus líneas delicadas, la singular embajadora se detuvo junto a la reja tapizada de alcotán, alzó los brazos, cortó un racimo de campánulas temblorosas y lo llevó a sus labios con una lenta armonía eucarística. Yo admiraba su altivez, su gracia algo hierática, sus gestos un poco teatrales. Todo en su belleza me inspiraba amor y temor. Por

besar sus largas manos pálidas habría expuesto mi vida. Para pagarle una palabra tierna hubiera vendido mi alma al diablo. Pero no dijo nada, nada... En silencio, me entregó el frágil racimo de pétalos azules que sus besos habían ajado y en silencio se alejó hasta perderse en la sombra...

En la desierta avenida del Hipódromo, yo no acertaba a orientarme. Embriagado de ilusiones, atormentado por ideas contradictorias, marché al azar durante largo tiempo, dudando entre creer que Edda me amaba o creer que me despreciaba, que me tenía lástima y que si me había ofrecido unas flores era por darme una propina... «Una propina». ¡Con cuánta humillación consideraba mi miserable estado!... «Un hortera —me decía—, soy un hortera... soy el que lleva los paquetes... soy el que barre la tienda...». Y comparándola conmigo, veía a mi rubia extranjera cual una princesa intangible y hasta inmaterial...

Al llegar a casa me acosté. Quise leer y no pude. Traté de dormir y no conseguí conciliar el sueño. Mi alma, exaltada, sufría y gozaba, inquieta, ansiosa, acongojada, oscura. «Me ama, me ama» —me decía—. Luego pensaba: «Me considera un miserable que sólo merece piedad». Y sintiendo que no era posible soportar inmóvil tamaña lucha interna, me levanté y esperé el día sentado en una mesa, tratando de escribir una carta llena de confidencias a mi amigo Rinconete, que había ido a pagar su aventura en el presidio del Instituto. Cuando mi casa se despertó corrí a sentarme a la cabecera de mi madre, y le conté de un modo escrupuloso lo

que me había pasado. Ella me oía, sonriendo, sin interrumpirme. Al fin, acariciándome las mejillas, murmuró:

—La señora Christensen... sí... la he visto una vez... Creo que fue en casa del ministro Arellano... Es muy linda... muy pintada... Dicen que conoce el mundo entero, que habla todas las lenguas... Algo loca, algo extraña... Muy... muy linda, sí...

Las palabras agonizaron en sus labios como si un pensamiento ajeno a lo que significaban las fuera matando poco a poco... Hubo en la alcoba un largo silencio mediatubundo.

De pronto:

—Pero si debe tener mi edad —exclamó.

Yo, que no había pensado hasta entonces en los años de mi madre, le pregunté:

—¿Cuántos?

Y ella, haciendo un gentil gesto de horror, dijo:

—Muchos... muchos... Dieciocho años más que tú...

—¿Crees que ella tiene también treinta pasados?...

—No importa...

—¿Quieres que te diga una cosa seria?... Estás enamorado de veras... ¡Y de una vieja!...

Mi mamaíta trataba de reír y tal vez, en el fondo, con su manía de creerme siempre un niño, todo aquello que para mí era tan grave, para ella no pasaba de ser una broma. Yo no quise protestar contra sus burlas. Sintiéndome herido en lo mejor de mi pasión, me arrepentí de haberla confiado así a quien no quería comprenderla, y decidí callarme.

A la hora del almuerzo, un criado negro llevó a casa una caja atada con una cinta blanca y una carta escrita en papel blasonado... Era de ella: *«Cher petit ami —decía—: J'ai gardé une image si belle de madame votre mère, que je voudrai vous prier de lui offrir le souvenir que je vous envoie ci-joint. C'est un objet sans valeur, mais je l'aime parce qui'l garde un peu du passé religieux du Mexique et parce qui'l est formé de cinquante amulettes qui preservent contre les cinquante dangers de la vie. Le savant qui me l'a donné m'a dit que c'est un des Colliers trouvés à Yucatan au XVIème siècle par Juan de Grijalva. Je vous donne mes mains à baiser. Edda».*

Luego, en un ángulo del papel, estas palabras en español: «Venga a verme esta noche como ayer».

Cuando mi padre y mi madre hubieron leído la carta, abrieron la caja y encontraron en ella un collar de turquesas multiformes, palidecidas por el tiempo.

—Yo no puedo aceptar un regalo tan valioso de una señora a quien apenas conozco —exclamó mamá.

Pero papá dijo:

—Sí..., hay que aceptarlo... Y puesto que esa dama se interesa por los tesoros históricos de América, yo te daré, para que se lo mandes, en pago de su obsequio, un evangelario iluminado hace tres siglos en un convento de la Antigua, por un fraile que tenía el espíritu infantil de fray Junípero y al talento artístico de fray Angélico...

Pensando en Juan de Grijalva y en sus compañeros, los magníficos hombres de presa que saquearon el tesoro de

Quetzalcóatl para adornar con las pedrerías santas de los aztecas el pecho de sus barrangas, mi señor padre, siempre fuera del tiempo y del espacio, acariciaba el regalo sin preguntar siquiera de quién venía. En su ingenua buena fe le parecía merecerlo todo, y de seguro pensaba, tocando las preciosas turquesas, que eran un homenaje al lustre de su nombre...

Mi señora madre, en cambio, se mostraba preocupada y daba más importancia a la carta que a la joya. Tres, cuatro veces la leyó. Más veces clavó en mí sus ojos escudriñadores... Y cuando nos levantamos de la mesa pasó su brazo alrededor de mi cuello, me trajo suavemente y con aire serio me dijo al oído:

—¿Has comprendido bien?... Esas palabras contienen una declaración... No es a mí a quien me manda sus amuletos... Es a ti, Enrique... Llamarte *cher petit* cuando sólo te ha visto un día... y eso después de las flores... Que te halague la cosa, no me extraña, puesto que a mí misma me halaga... Sólo que, te lo confieso, la mujer me inspira miedo... No olvides que está casada... que no es una niña... ¿Qué vas a hacer?

—Ir a verla...

—No vayas... tonto...

—Tengo que ir... ¿No ves que me llama?... Hay que darle las gracias...

—Bueno, pues en tal caso iremos juntos... Yo estoy más obligada que nadie a expresarle mi agradecimiento...

Y riendo agregó:

—Estrenaré el collar... me pondré guapa... Vamos... ¿me llevas a ver a tu novia?...

—Con encanto.

En realidad, más que encantado, al tomar en la noche el tranvía acompañado de una mamá tan joven, tan bella, tan elegante en su sencillez, me sentía orgulloso. Pensaba que aquello sólo bastaba a lavarme de mi mancha social, y que mi adorada Edda no podría ya despreciarme ni tenerme lástima. Pero al propio tiempo experimentaba el temor de que mi amiga no fuera simpática a mi madre, que le pareciera demasiado fantástica, demasiado loca. ¡Ah!, y además temía también la presencia del señor ministro. «Cómo será ese hombre?» —me preguntaba devorado por los celos.

La extranjera calmó todos mis temores en el espacio de un cuarto de hora. Con su gracia de gran dama acostumbrada a recibir, conquistó a mamá en el acto. Luego, excusándose de no presentarnos a su esposo, nos dijo:

—Mr. Christensen ha tenido que ausentarse por asuntos de su carrera. Está en Europa, y no volverá sino dentro de muchos meses.

—¿Y usted no tiene miedo aquí sola, en este lugar tan aislado? —le pregunté.

—No —me contestó—, no... ¿De qué? Entre mis amuletos los hay contra los ladrones... Por otra parte, el sitio es muy tranquilo. ¿Quieren ustedes visitar mi jardín?... El tiempo está agradable.

Era una noche de primavera tropical, a la vez muy negra y muy clara. El cielo, de terciopelo oscuro, parecía estrecho para el cortejo de sus blancas constelaciones. El aire, embalsamado por esencias sutiles y voluptuosas, hacía palpar suavemente los corazones y las ramas.

—Es un paraíso —decía mi madre, tratando de hacer creer que no veía sino el jardín y las estrellas.

Pero, en realidad, ninguno de nuestros manejos amorosos escapaba a su perspicacia. Edda marchaba a mi lado y me acariciaba la mano, oprimiéndomela entre las suyas con un ardor tembloroso. Sus labios de carmín sólo se entreabrían para sonreír y enseñar los dientes menudos. Yo, en cambio, para aturdirme, para evitar el silencio, hablaba: hablaba, animado por el orgullo de saberme amado. Y con frases en apariencia impersonales, no hablaba sino de amor, celebrando aquella soledad idílica...

Cuando nos marchamos, cargados de flores que mi amiga había cortado para nosotros, no nos atrevimos durante largo rato a pronunciar una palabra. Nuestras mentes deshilvanaban, cada una a su manera, la madeja misteriosa de mi destino inmediato. En mi madre, naturalmente, había más temores que alegría. En mí sólo había goce, esperanzas, exaltaciones, ternura, y también, allá en el fondo, una satisfacción pueril de amor propio halagado.

Ya en nuestra puerta, mamá murmuró:

—Es muy bella, no hay duda... Tiene unos ojos de...

—De pantera —exclamé.

Y ella terminó:

—No me atrevía a decirlo...

En pleno idilio

En la tienda, por uno de esos fenómenos tan frecuentes en las ciudades pequeñas, mi patrón y mis compañeros se enteraron de lo que ellos llamaban mi conquista, antes de que yo hubiera cometido la menor indiscreción amorosa. Grandes psicólogos todos, les había bastado que Edda me llamara dos veces por teléfono y que un pariente mío hablara de las turquesas, para que en el acto nos convirtieran en «novios», según se dice, con gentil eufemismo, en los viejos pueblos españoles. Y, como es natural, no había nadie que dejara de felicitarme con un poco de burla y otro poco de envidia.

—Tu suerte —me dijo uno de los dependientes, tratando de convencerme de que, si él hubiera estado en mi caso, lo mismo se habría hecho querer—, tu suerte es haber llevado el paquete.

Y otro, más agrio, murmuró:

—Regálale un frasco de agua veneciana, para que se pinte las canas.

Sólo don Ángel González, bondadoso y práctico, me felicitó cordialmente, aconsejándome que no me olvidara de recomendar las sederías recién importadas de París.

—Clientas así —me decía— son las que nos convienen a ambos... Cuando esas mujeres se llegan a encaprichar cometen cualquier locura...

Lejos de halagarme, aquello hería mi delicadeza y me hacía despreciar cada día más el medio social en que mi horror al colegio me obligaba a vivir. Porque después de haberme hecho la ilusión, durante tres o cuatro meses, de que el comercio era para mí el mejor de los estados, bastó que mi bella demostrara extrañeza al verme detrás de un mostrador, para que me avergonzara de ser hortera. «Si no fuera demasiado tarde para volverme atrás —me decía a mí mismo— me consagraría a un estudio digno de mí». Y viendo, por una parte, que fuera del comercio todas las puertas estaban cerradas a mi ignorancia, y, por otra, que era imposible vender cintas sin incurrir en el desprecio público, o mejor dicho, en la piedad protectora de mi amada, comprendí, una vez más, que el destino se oponía al desarrollo normal de mi existencia. «Yo no puedo, no puedo, no puedo quedarme aquí», pensé, examinando el horizonte de cajas de cartón blanco que me rodeaba. Pero, al mismo tiempo, una voz angustiada me preguntó en el secreto de la conciencia: ¿Y adónde vas a ir?... ¿Qué vas a hacer?... ¿Hacia qué porvenir vas a dirigir tus pasos?... ¿Con qué rostro vas a confesar a tus padres que no sirves ni siquiera para dependiente?».

Mis ideas tortuosas no se aclaraban sino por la noche, cuando, después de cenar, me encaminaba hacia el jardín paradisíaco de mi divina amiga. Ella me esperaba bajo las enredaderas de su verja, y, al verme llegar, corría, como una niña, a mi encuentro, acariciando algunas flores con sus manos nerviosas.

—Ven, pequeñito, ven —murmuraba con su voz gorjeante—, ven... ¿Por qué llegas cada día más tarde?... Detesto tu tienda y tu casa, que me roban las mejores horas de tu vida... ¿Por qué no vienes a comer conmigo todos los días?... Yo estoy sola, abandonada... ¿No me tienes lástima?...

Y echándome el brazo al cuello, acercando su rostro a mi nuca para respirarme mimosamente, me llevaba hacia el *boudoir* de su palacete campestre. Había ahí, en una atmósfera que luego he encontrado en casas como las de Isadora Duncan y Liane de Pougy, una mezcla sabia de puerilidad femenina llena de molicies sedeadas y de grave preocupación de arte, de religiosidad confusa y de inquietudes estudiosas. Entre frascos de cristal, se veían, sobre los veladores, libros cuyos títulos parecían pedantes a mi ignorancia. En un nicho negro, un Buda de oro sonreía con labios enigmáticos, haciendo su milenario gesto que todo lo perdona porque todo lo desdeña. Dentro de una amplia vitrina, se amontonaban joyas, porcelanas, lacas y cristales de todos los países del mundo. A cada paso los pies tropezaban contra algún cojín oriental. Los muros desaparecían detrás de una verdadera galería de estampas, de acuarelas, de óleos, de fayencias, de mosaicos.

Cuando entrábamos en aquel santuario, ella deshacía con sus dedos ligeros mi peinado burgués, dando a mi cabellera ondulada un desorden vaporoso.

—Si fueras mío —me decía—, enteramente mío, yo querría vestirte de otra manera; no sé cómo... pero no así...

Hay algo de salvaje y algo de refinado en tu cara... Eres Antinoyo y eres Dionisio...

Una noche le contesté con amargura:

—Soy un pobre comerciante...

—Sí —exclamó exaltándose—, sí; eres un mercader como aquellos que en los zocos de Bagdad embriagaban a las princesas veladas con el aroma de sus esencias y con el filtro de sus miradas... Eres Bedredin... ¿No conoces *Las mil y una noches*? Yo te las leeré para ver si recuerdas el lugar en que conquistaste a la hija del visir...

Luego, poniéndose en pie y llevándome a un ángulo iluminado por una lámpara rosa, me dijo en tono imperativo:

—Mírame... mírame bien... dime si soy la misma que viste en Bagdad, en el harén del califa...

Yo la miraba con embeleso, no para buscar ilusiones de vida legendaria, sino para convencerme de que su belleza era impecable. Herido por las frases de mi madre y de mis compañeros de tienda, buscaba en su frente, en sus párpados, en sus mejillas, en su garganta, algo marchito, algo fatigado, algo envejecido. Todo era terso y diáfano. Todo era claro. Todo era fresco. Su rostro parecía esmalte inmaculado. ¿Y qué decir de su cuerpo virginal, de sus movimientos de bailarina de Tanagra, de sus gestos armoniosos, de su esbeltez elástica?... Comparándola con ciertas paisanas mías que aún no habían cumplido los dieciocho abriles y que tenían fama de bellas, me parecía no sólo tan joven como ellas, sino más joven, más ligera, más colegiala.

En su *boudoir*, mientras una doncella flaca y discreta preparaba el imprescindible té, Edda se sentaba ante su piano y tocaba para mí, cantando extrañas melodías del norte, un aire raro, siempre el mismo, siempre con la misma lentitud caprichosa y voluptuosa. ¡Oh, aquella música, que era como el reflejo de su espíritu y que nunca he podido olvidar!... Ahora, treinta años después, todavía la escucho y todavía me estremezco entre el dulce torbellino de sus notas... Es una música en la cual hay algo de himno religioso, de canción ingenua y lenta, de sencilla zarabanda antigua, y algo también de marcha funambulesca y de vals exótico; una música que ríe y que llora a un tiempo mismo, y que es noble y grave cual una pavana, y fina y galante cual un minué, y que en seguida es ruda y melancólica como las armonías de los aires húngaros, y que gime en los violines lascivos para pasar de pronto a los cobres sonoros y esparcirse en ruidosas ondas evocadoras de valquirias y de reales cortejos; una música con languideces de habanera, con piruetas de cancán, con muecas de *highland-fling*, con espavientos de polichinela y pucheros de marquesita empolvada; una música hecha de caprichos húngaros, de caprichos parisienses, de caprichos ingleses; y, en fin, tal cual mi memoria me la canta esta noche de tiernas reminiscencias, una música cosmopolita, compuesta de ritmos mezclados y de esos combinados en un crisol que ha conocido el fuego de todas las pasiones del mundo y de los siglos...

—¿Te aburro, mi alma? —solía preguntarme en los momentos en que la doncella iba en busca de alguna taza.

Y sin esperar mi respuesta, agregaba:

—Espera que nos dejen solos...

Yo me sentaba siempre en un diván oriental, entre almohadones olorosos a sándalo, y no me cansaba de contemplar un retrato de mi amada, colocado en el muro de enfrente. De pie, destacándose sobre una cortina roja, Edda aparecía en aquel lienzo en un instante de íntima coquetería, en uno de esos largos minutos en que la mujer se mira y admira, sin pudor y sin malicia, abriendo mucho los ojos, entreabriendo apenas los labios, provocándose a sí misma para aprender a provocar a los demás. El brazo desnudo surgía de entre los pliegues flotantes de una echarpe negra, con ademán de canéfora en reposo. ¡Y qué brazo! ¡El más bello, el más puro, el más carnal y, al mismo tiempo, el más lilial de los brazos de estatua viva! En la garganta, descubierta, un broche de diamantes resplandecía, haciendo con su brillo más mate aún, más mate y más suave, y más exquisita, la blancura inmaculada de la carne.

Una noche, viendo mi admiración por aquel cuadro, exclamó:

—Te lo regalo... Es tuyo... ¿Lo aceptas, alma mía?... Mañana te lo mando... Dime que te gusta y que lo aceptas...

Ante su generosidad extraordinaria, yo tenía que defenderme todos los días contra sus ofrecimientos tiránicos. «Quiero que lleves esto a tu hermanita» —me decía despojándose de algún brazalete o de alguna sortija.

O bien, al verme acariciar sus exóticos bibelots: «Toma, ese para tu mamáíta, te lo ruego, te lo pido por favor...». Y cuando se convencía de que con tales maneras no lograba hacerme aceptar sus presentes, empleaba supercherías infantiles o diabólicas, metiéndome en los bolsillos, sin que yo lo notara, objetos preciosos, o mandándome a casa libros, estampas, carteras, corbatas... Me acuerdo de cierta mañana en que, invocando el cumpleaños de mi hermana Luz, fui a decirle que no me esperase aquella tarde.

—Voy a darte unas flores para ella —exclamó, dejándome solo en su *boudoir*.

Al cabo de un cuarto de hora volvió y puso entre mis manos un ramillete envuelto en un papel.

—No lo abras —me dijo—, para que no se escape el perfume. Entrégaselo así; pero dile que es un regalo tuyo... No hay que pronunciar mi nombre muy a menudo en tu casa...

Cuando mi madre sacó las flores de su cucurucho para ponerlas en un búcaro y vio que estaban atadas con un hilo de perlas, la alegría del regalo se trocó súbitamente en disgusto.

—Esto —murmuró— no viene de ti.

—En efecto —le confesé—; pero yo no sabía... Te lo juro... Es ella...

—Ya lo adivino... Siempre ella...

Y después de acariciar la blanca sarta de gemas, que para nuestra pobreza resultaba un objeto de lujo extraordinario, agregó con voz muy suave:

—Enrique, es preciso encontrar el modo de devolverle este regalo sin ofenderla... Si fuéramos ricos, lo guardaría con gusto, y, en cambio, le mandaríamos un diamante... Pero, por lo mismo que no lo somos, hay que hacerle comprender que nos ofende sin quererlo... ¿No te das cuenta de mis inquietudes?... Antes temblaba pensando en lo que tu amiga podía robarme de tu amor... Ahora lo que me preocupa es su empeño en hacerte salir de tu modestia...

Yo no sabía qué contestar. Con dedos trémulos envolví el collar en un pañuelo y lo metí en mi faltriquera, decidido a devolvérselo a su dueña. Un silencio angustioso pesaba en la estancia, embalsamada por las flores del jardín de Edda. Inmóvil junto a una mesa, mi mamaíta más pálida que nunca grave y cavilosa, con los brazos apoyados en el respaldo de una vieja butaca abacial, algo crispada, algo huraña, parecía huir de mis miradas. Yo me acerqué a ella y, al coger una de sus manos entre las mías, la sentí fría, casi hostil.

—¿Qué quieres que haga? —le pregunté.

Una sonrisa amarga crispó sus labios, sin despegarlos.

Luego, entornando sus grandes ojos soñadores, se dijo a sí misma.

—No me doy cuenta de lo que hay en esa alma tan rara, tan diferente de las nuestras... No sé si es un ángel o un demonio... No me quejo sino de sus bondades, de su cariño, de su dulzura... Tal vez soy injusta... No sé... No estoy tranquila...

De pronto me miró de frente, y pronunció, una por una, estas palabras:

—Enrique, tú no eres ya un niño... No me mientas... ¿Esa mujer es...?

Adivinando, respondí:

—No... No es más que una amiga... No sé cómo explicarte... Es más que una amiga... Me ama... Me dice que me ama... No más...

Hasta aquel día, en efecto, mis amores no habían tenido nada de carnal. A los quince años, con apetitos precoces, con curiosidades fogosas, viviendo entre compañeros que me hablaban vanidosamente de sus conquistas domésticas, me había conservado virgen. Yo comprendía, sin embargo, que Edda no me amaba cual una novia, que sus labios deseaban mis labios, que su cuerpo se estremecía al contacto de mis manos. Y sintiendo también la tentación tiránica de sus caricias, temblaba como deben temblar las prometidas ante la proximidad fatal del primer beso.

—Tu novia —murmuró mamá con algo de ironía—. ¿Y tú?...

Grave y sincero, contesté:

—Yo la adoro.

El silencio, el terrible silencio, más elocuente que nuestro diálogo, volvió a llenar de congoja la atmósfera. Al fin, alejándose, mi pobre madre murmuró:

—Tengo miedo...

¿Qué hacer?... ¿Qué pensar?... ¿Qué ruta segura seguir?... Con el alma desgarrada, tuve la conciencia de que todo en mi vida tendría que ser fatal, que ningún camino se abriría ante mí libre de escollos, que un hado siniestro torcería, sin fatigarse, el rumbo de mis pasos... Creyendo que había ya vivido mucho, no vi en mi pasado sino desilusiones. Mientras mis demás amigos tenían novias sin que nadie lo notara, mis amores con Rosa, tan puros, habían acabado antes de empezar. De los colegios, donde abundaban los perezosos, los díscolos, los traviesos, sólo a mí me habían expulsado. En el Instituto, cuando deseaba estudiar, cuando me proponía hacer una carrera, el capricho de la suerte se había opuesto a mi voluntad. Y ahora que sólo el amor llenaba mi alma, haciéndome saborear la bienaventuranza, la pena de mi madre se elevaba entre Edda y yo para amargar mi idilio.

Huyendo de mis tristezas, abrí uno de los libros que mi amiga me había regalado, y, sin darme cuenta de lo que hacía, me puse a leer. Era un libro muy distinto de los que hasta entonces me habían entretenido durante mis horas de ocio. Hojeándolo sin orden, iba de una página a otra, y en cada una de ellas encontraba algo que me sorprendía, haciéndome suponer que su autor lo había escrito pensando en ella. Luego lo he vuelto a leer tantas veces, que lo sé de memoria. Pero creo que, aunque sólo aquella mañana lo hubiera abierto, conservaría en mis labios la miel de sus palabras. «Son lágrimas las que te ofrezco, ¡Oh, Heliodoro!, aún más allá de la tierra; lágrimas crueles de llorarse,

reliquias de mi amor...». «Uniré a los mirtos el tierno narciso, uniré el lirio risueño al azafrán suave, uniré el jacinto púrpura a las rosas pasionales, y con todo eso, Heliadora, haré para tu cabellera de oro una corona...». «Las flores se marchitan entre tus manos, Heliadora; pero así, marchitas, son más bellas que ante...». Evocando las gracias con que Edda estrujaba con sus dedos febriles las campánulas de las enredaderas, me pregunté, algo inquieto, si aquellas estrofas no serían obra de alguno de sus amantes. En la cubierta preciosamente impresa, del tomito, leí: *Epigramas de Meleagno*. Y tuve celos de aquel desconocido... Por fortuna, mi padre entró en la estancia. Viéndome leer con gran atención, se acercó y, después de acariciar el pergamino de mi libro, exclamó, lleno de júbilo:

—Un hombrecito que lee a los griegos, no se puede ser hortera...

—Puesto que no tengo otro camino... Y, además, ¿qué diría mi mamá si ahora abandonara el comercio?

—No sé lo que diría... las mujeres no saben casi nunca lo que dicen. Pero son tan encantadoras. Pero yo te daría mil abrazos, y hasta te regalaría mi biblioteca...

—¿No fuiste tú mismo, sin embargo, quien me propuso entrar en la tienda de don Ángel?...

—Sí... sin duda... Creí que, al cabo de una semana, tu sangre hidalga se rebelaría contra tan bajas ocupaciones... ¡Con cuánto gusto te hubiera oído maldecir del oficio de mercachifle!... Por desgracia, veo que esto te gusta.

—No, gustarme, no me gusta... Al contrario... A veces me siento humillado. Sólo que no teniendo una carrera...

—¿Y qué necesidad hay de ser médico, o ingeniero, o abogado?... Yo soy abogado, y jamás me ha servido mi diploma... La ignorancia y la pedantería han catalogado a los hombres, poniéndoles etiquetas más engañosas que las de los vinos... Lo único indispensable es amar el estudio por el estudio, sin pensar en lo que ha de producir, y el trabajo por el placer de realizarlo... ¡Si tú quisieras!... No te pido más que una cosa: que leas lo que te guste... Y que no tengas prisa, que esperes... ¿Cuánto te da González?...

—Por ahora, veinte duros...

—Bueno, yo te los daré... No lo digas a tu madre... Piensa en la dicha de ser...

Abrazando a mi padre, lleno de gratitud por salvarme así de una esclavitud que me pesaba cual un castigo divino, en lo que pensaba era en ella, en Edda, en la mujer de los ojos que, como la estrella de Canope, habrían podido crear, con sus «esplendores salvajes», un culto más misterioso que el de los primeros ismaelitas...

Y mientras mis labios decían: «Gracias, papaíto; eres muy bueno», mi alma volaba hasta el santuario presidido por el Buda de oro, y arrodillándose ante mi ídolo, se ofrecía una vida limpia de humillaciones, libre, ávida de saber y de amar.

Un instante después, cuando mi madre, no viéndome en la sala en que Luz recibía a sus amiguitas, fue en mi busca, le dije:

—¿Sabes? Tengo que darte un disgusto... Uno más... El número mil y pico... He decidido abandonar el comercio y consagrarme a otra cosa cualquiera...

Sonriendo, me contestó:

Esa es una idea de Agustín... Apostemos a que es él quien te ha metido en la cabeza que un Carrillo de Albornoz no puede ser hortera...

Mi padre no se atrevía ni a negar ni a confesar su iniciativa.

—Verás —decía—, verás... No hay duda de que yo no puedo, por mucho respeto que los señores negociantes me inspiren, declarar que es digno de un hidalgo barrer una tienda... Pero de eso a pretender que yo he dio «no puede ser», hay una gran distancia... Yo no he hecho más que expresar mis ideas... Dilo tú mismo, Enrique...

Mamá se echó a reír alegremente y, volviéndose hacia mí, exclamó:

—Bueno, pues yo también te confieso ahora que no estaba muy orgullosa de verte vender cintas a las señoras guapas... Y pensando, sin duda, en Edda, agregó: —¡Ojalá no hubieras comenzado!...

Las lágrimas de sus ojos

Al día siguiente mi bella amiga me encontró preocupado, distraído, inquieto. En vano, para hacerme sonreír, multiplicaba sus atenciones cariñosas, sus halagos elegantes, sus suaves mimos.

Yo no la oía, casi no la veía. Cuando le di cuenta de mi renuncia del cargo honorable de hortera, creyó descubrir en aquel cambio de existencia el motivo de mi malestar, y se empeñó en hacerme comprender que, gracias a mi talento, un porvenir magnífico se abriría pronto ante mis pasos triunfales.

—Verás —me decía—, verás, pequeño; yo me ocuparé de ti, yo te ayudaré a estudiar. Yo tengo más años que tú. Yo querría que fueras diplomático para que viajáramos juntos. Yo no quiero que te alejes de mí nunca, nunca... ¿Me juras que no te alejarás?

—Te lo juro.

Pero aquella noche, más que mi amor, me preocupaba el collar que me había comprometido a devolverle y que no sabía cómo entregarle. Dos o tres veces estuve a punto de depositarlo sobre una mesa sin decir una palabra. Una delicadeza moral me impedía pensar siquiera en quedarme con un regalo tan valioso; pero otra delicadeza sentimental, más respetable quizás, me obligaba a comprender que un gesto brusco heriría a la mujer que me amaba. Haciendo un esfuerzo quise explicarle lo que realmente había pasado.

—Sabes —le dije—, el collar...

Llena de alegría me cortó la palabra y exclamó:

—¡No te figuras lo feliz que me siento al pensar que tu hermanita lo lleva!... Es una joya que me dio mi padre cuando cumplí los quince años... Es lo más puro que tenía... Por eso lo envié a Luz... ¡Y si supieras la mala noche que pasé ayer pensando que podía rechazarlo!... ¡Me habría causado una pena!...

Ante tal discurso no me encontré con valor para insistir. Callé ahí y luego callé en casa; y durante semanas enteras llevé el paquetito precioso en el fondo del bolsillo.

Mi madre me preguntó:

—¿Le explicaste bien a esa señora que no era posible aceptar sus perlas?

No queriendo mentir, le contesté:

—¿Para qué hablas de cosas desagradables, mamaíta? Yo sé lo que hay que hacer.

La pobre se imaginó, sin duda, una delicada escena que no había sido representada, y me recompensó, con un beso en la frente, de mi hipotético heroísmo. Luego, llevándome hacia el jardín, echó su brazo alrededor de mi cuello y me acarició las mejillas. ¡Cuán dulce me pareció aquel mimo! Pero poco después, recordando que Edda me trataba del mismo modo, sentí un desasosiego interior, como si viera las manos santas de mi mamaíta acercarse inconscientemente a un objeto profanado por manos impuras. Una carta que llegó en aquel instante, dirigida a mí, proporcionándome el pretexto que buscaba para librarme de las caricias

maternales. Era una carta de Edda, una simple carta de amor, temblorosa y fogosa, tierna y tiránica, humilde cual himno franciscano, y, al mismo tiempo, activa e imperativa. «Yo haré siempre lo que tú quieras —me decía—; yo no tengo más voluntad que la tuya; lo que no habla de ti no me interesa». Y luego: «Puesto que no vas ya a tu tienda, no me hagas aguardarte hasta la noche. Ven en seguida; ven en mi carruaje, que espera a tu puerta y que no regresará sino trayéndote».

Me volví hacia mi madre para pedirle permiso de ausentarme.

—Es Edda —le dije—, que me llama. ¿Quieres ver su carta?

Entonces fue ella quien, repitiendo mis palabras, murmuró:

—¿Para qué hablas de cosas desagradables?... Tú sabes lo que debes hacer...

En seguida:

—Si es para eso para lo que has dejado tu empleo —agregó—, no vale la pena.

Tuve un instante de vacilación cobarde y heroica. Mi alma, en aquel momento, estaba dividida en dos pedazos dolorosos: uno que era de mi familia, mejor dicho, de mi mamaíta tierna, bella, suave, y otro de la seductora extranjera. Y pensaba: «Si voy, dejo una pena aquí, y si no voy, causo una pena allá». Pero no... No pensaba nada... Incoherentemente sentía en el fondo del corazón el choque de los deseos y de los deberes que me convertían en personaje de

drama clásico. Se me figuraba que para ser un buen hijo era necesario renunciar a obedecer a mi instinto amoroso. Y, al propio tiempo, una fuerza secreta me empujaba hacia el jardín de mi rubia.

Buscando un subterfugio conciliador, dije a mi madre:

—¿Por qué no vienes conmigo?... Ella te ha visitado dos veces y tú no has vuelto nunca...

No me contestó siquiera... Lentamente se alejó deshojando una rosa blanca, y la vi perderse en el fondo de un pasillo conventual, como una religiosa que huyera de miradas profanas...

Mi padre, que salía en aquel instante, me preguntó:

—¿Me acompañas hasta los archivos?... Tengo en estudio un códice colonial muy curioso. Es la historia de doña Beatriz de la Cueva, amiga de don Pedro de Alvarado...

Al poner el pie en la acera, un lacayo abrió la portezuela blasonada del coche y me hizo una profunda reverencia. Yo tuve entonces una idea diabólica.

—Papaíto —dije—, vamos a ver a la señora Christensen, que quiere darte las gracias por el evangelario... Verás qué casa tan hermosa...

—Sí, chico, vamos... Me han dicho que es una mujer muy guapa...

Y mirándome con malicia:

—También me han dicho que te quiere mucho... Cuéntame algo de tus amores...

Le conté todo, sin ocultarle la pena que me causaba la inexplicable oposición de mi madre.

—Las mujeres son todas iguales —exclamó riendo—. ¿Quieres creer que Josefina tiene todavía celos de mí, después de diecisiete años de matrimonio?... Pero no hay que dar importancia a esas cosas... ¡Es tan buena!... Yo te diré mi opinión cuando hayamos visto a esa dama... Yo conozco el alma femenina...

En realidad, mi buen papá no conocía sino a las heroínas de la Historia y a las amorosas del teatro antiguo.

Una niña era siempre para él Agnes; una coqueta, Celimena; una esposa engañada, Armanda; una doncella agradable, Maturina... Mi amiga tuvo la suerte de hacerle pensar, apenas la vio, en Ofelia. Y con eso, y con la atmósfera de arte que se respiraba a la sombra del Buda de oro, y con un poco de música antigua, y con muchas palabras llenas de halagos para su sabiduría, para sus libros, hasta para su estampa de capitán de los tercios de Flandes, la sutil Edda lo cautivó por completo.

—Es muy bella... Muy artista... Muy agradable —murmuraba al regresar hacia mi casa—. Yo he conocido algunas mujeres así en Londres... ¡Tienes una suerte!... Pero, ¿por qué demonios le has hablado de eso a Josefina?... Las mujeres toman muy en serio lo que en general no es sino un pasatiempo. Me acuerdo de que, a tu edad, viniendo de España en un barco... Ya te lo contaré otro día...

Había en mi papá, siempre tan bueno, tan optimista, una gran alegría y un gran orgullo, como si mi conquista fuera una victoria suya. Lo que podía tener de peligrosa

la aventura, ni siquiera se le ocurría. No viendo, según su costumbre, más que el lado bueno de las cosas, le halagaba que su hijo, es decir, la carne de su carne, hubiera parecido digno de ser amado a una dama aristocrática, y comenzara su vida amorosa, no con trapicheos de criaditas, sino en medio de encajes y de obras de arte, a los pies de una princesa shakesperiana.

—¿La encuentras vieja? —le pregunté.

—Vieja precisamente, no... Debe tener unos cuarenta años... Tal vez menos... Estas mujeres del norte son enigmáticas en todo... Es escandinava, como Ofelia... En fin, pongámosle treinta y seis... ¿Qué más quieres?

—Más, nada... Así la hallo perfecta...

Los que consideren un poco amoral este diálogo entre un adolescente y su padre, no se dan bien cuenta ni de mi carácter precoz ni de la inseguridad del autor de mis días. Fuera de ciertos principios de ética ante los cuales era inflexible, aquel soñador erudito tenía una concepción de la existencia digna de un Montaigne o de un Gracián. Engañar en un negocio, traicionar a un amigo, hacer daño a alguien, negar un favor, calumniar, cometer una ingratitud, he ahí, más o menos, los pecados que su filosofía no podía perdonar. Pero el amor le parecía sagrado, hasta el punto de que, cuando el rumor público acusaba a alguna niña de haber dado un mal paso, se convertía en defensor suyo, arguyendo que la pasión lo excusa todo y todo lo significa.

—Mucho más culpable la encontraría —exclamaba— si en vez de escaparse con el novio que le gusta, se hubiera

dejado casar con un hombre a quien no quisiera... Los únicos pecados en este punto, son los que se cometen por interés o por cálculo.

En las discusiones de tal índole, mi madre acababa siempre por indignarse, llamándolo inmoral.

Y él decía, sonriendo:

—Sí, Josefina, sí... Lo confieso... Soy de una inmoralidad evangélica...

Aquel día ambos fuimos víctimas de la indignación general. Enterada mi familia de nuestra visita, no nos perdonaba el haber ido en un coche de esa «mujer», el habernos quedado horas enteras en el jardín del chalet, el haber salido entusiasmados hablando como dos amigos. Pero en punto a principios de tolerancia, aquel hidalgo era tan impermeable a las tempestades de la maledicencia que, por la noche, después de cenar, cuando nuestro comedor estaba lleno de tíos y primos, me dijo en voz alta:

—Enrique, hijo mío. No hagas esperar a esa dama... Yo le prometí que te recordaría las horas de tus citas, y no quiero incurrir en su desagrado...

—Eso es —gimió, sin poderse contener, uno de sus hermanos—, conviértete ahora en alcahuete de ese mocososo...

Al marcharme lleno de admiración por el carácter de mi «viejo», y lleno de desprecio por el fariseísmo de mis parientes, sólo me llevé la amargura de que mi madre no hubiera correspondido con sus besos a los que deposité, lleno de ternura, en su cabeza rizada.

Edda era cada día más dulce y más ardiente. Ya ni siquiera esperaba que su doncella hubiera acabado de poner la mesa del té, para acariciarme la frente, para besarme las manos, para despeinarme a su modo, echándome el pelo hacia atrás, en un desorden que luego he conservado siempre. Sumisa y dominante, me obligaba a sentarme donde quería, y luego se arrodillaba ante mí para recitar letanías de amor a mis ojos, a mis labios, a mis mejillas, a mi cuello. Todo, en mí, le parecía perfecto, lo que entonces, con mis quince abriles, me extrañaba, y que ahora, cuando alguna mujer que se enamora de mi cara de mártir y de mis pelos canos le pasa lo propio, me parece muy natural...

—¿Qué puedes encontrarme digno de ti? —le preguntaba—. ¿Qué puede gustarte en mí, a ti que has conocido tantos hombres, que has amado tantas veces tal vez...?

Ella protestaba y me hacía callar poniéndome su pañuelo sobre la boca. ¡Amar! Jamás había amado... Su marido tenía veinte años más que ella... A los demás ni siquiera los veía... Yo era su primer amor, su único amor, su último amor...

—Verás —me decía abriendo sus ojos verdes, que brillaban en la penumbra con fulgores felinos—, verás, pequeño... Yo no me separaré nunca de ti... Cuando me marche de aquí te raptaré lo mismo que a una niña... Mi esposo es un ser superior que me adora como a una hija y que comprenderá... Se lo diré todo, te presentaré a él... Será un padre para ti... Te llevaremos a París, a Roma, a Constantinopla... ¿No has soñado nunca en el Oriente misterioso, donde las

mujeres no enseñan sino los ojos, donde los hombres se visten con túnicas de púrpura?... En el Cairo, si quieres, nos instalaremos en una casa blanca al borde del Nilo, y por la noche veremos las cimas de las pirámides destacándose sobre el fondo plateado del cielo... Te pondrás un manto de seda roja, como los que llevan los príncipes, y una corona de lana blanca, como las de los jinetes beduinos, y unas zapatillas de tafilete azul, que yo misma bordaré de oro, poniéndole versículos del Corán para que Alá guíe tus pasos... Le mandaremos a tu mamaíta velos constelados de estrellas, perfumes que hacen soñar, chales amarillos... Ya verás, amorcito, ya verás...

Poniendo sus codos sobre mis rodillas hacía con sus manos un marco para su rostro, y me miraba alzando la vista de tal manera, que sus pupilas se perdían a medias bajo sus párpados superiores.

Cierta tarde, después de una escena dolorosa provocada en mi casa por uno de sus regalos, llegué a su *boudoir*, triste, crispado, y, sin poder contenerme, le confesé que mi madre se oponía cada vez más tenazmente a nuestros amores.

—Yo también tengo un hijo —murmuró con voz quejumbrosa— y no me meto en lo que hace... ¿Qué me encuentra tu mamaíta que no le guste?...

—Nada y todo —le dije.

—Mi situación... ¿cierto?... Una mujer casada...

—Sí...

—Y mis ojos verdes...

—Sí... sí...

—Sí... También...

Se me quedó mirando en silencio largo rato, muy largo rato... Por sus pálidas mejillas pasaba un ligero temblor febril que ahondaba las comisuras de su boca. Su frente, tersa y curva, igual a la de algunas madonas primitivas, se contraía moviendo nerviosamente las cejas negras.

—Vieja —susurró.

Y en su cara inmóvil resbalaron dos grandes lágrimas, que no me atreví a beber por respeto a su dolor.

—Vieja —volvió a decir.

Al fin una sonrisa amarga animó su fisonomía.

—Siéntate aquí, lejos de la luz —exclamó—, no me mires... Óyeme sin interrumpirme... Sé bueno..., sé piadoso... no trates de consolarme con galanterías indignas de mí... Es exacto que soy vieja... ¿Me has dicho que tu madre tiene treinta y cuatro años?... Yo tengo más... Tengo treinta y nueve; dentro de pocos meses tendré cuarenta... casi tantos como tu padre, a quien tú llamas «mi viejo»... Pero él no es viejo... Los hombres no son nunca viejos... Yo sí... yo soy vieja... Piensa en lo que te falta para llegar a mi edad... veintitrés años... Tengo veintitrés años más que tú... Si fuera razonable, no debería amarte sino maternalmente... Pero no puedo, no puedo... He luchado... no te lo he dicho nunca... he luchado... ¿Te acuerdas de la primera vez que fui a tu tienda pidiendo medias de seda?... Tus miradas tristes me penetraron en el acto y tu voz me acarició como una mano misteriosa... Te veía por todas partes, tenía ganas de ir en

tu busca... Resistí un día, una semana... Al fin, ¿sabes lo que me propuse, creyéndome enferma de un simple capricho y haciéndome la ilusión de que podía curarlo con sólo saciar los apetitos voraces de mis sentidos?... No te ofendas... Yo te tomaba por un muchacho del pueblo, ávido de ganar dinero, necesitado de todo... Pues bien, me propuse comprarte lo mismo que se compra un esclavo en Oriente... Te pedí que me trajeras un paquete... ¿Te acuerdas?... Ahí lo guardo, sin abrirlo, entre mis reliquias, junto con las cartas de mi hijo, entre una corona de azahar marchita, no por el amor, sino por el tiempo, y un rizo de mi madre. Pero en cuanto me hablaste y me contaste tu vida, comprendí que la esclava sería yo, y me incliné ante el destino, feliz en mi esperanza...

Edda continuó de esta manera su triste y ardiente confesión:

—Me amaré —pensé— y será mío, será mi dueño... Yo seré para él una novia, y poco a poco conquistaré su corazón salvaje. En seguida pensé en mi edad, y desde entonces no he dejado un solo instante de repetirme que soy vieja... Y eso no es todo. Lo más terrible es que comprendo que cuando tú tengas veinte años, veinticinco años, yo estaré llena de canas y arrugas... ¿Cómo esperar, pues, que nuestro amor pueda durar lo que yo he soñado, mucho... mucho... Ya ves, en mi inconsciencia, parece que ni siquiera tuviese prisa; pero, en el fondo, cada vez que te atrasas una hora siento que es una hora robada al tiempo, y para mí el tiempo no es, como para ti, un tesoro que puede derrocharse sin empo-

breecer... Para mí cada minuto vale un año, cada día me plantea un cabello... ¡Ah!, tú no lo has notado al jugar con mi cabellera, porque me arranco las pobres canas, y las guardo, y las cuento, y las cubro de lágrimas, no por mí, pequeño, no por coquetería, no, sino por ti, por tu amor, porque temo que me desprecies... No sabes hasta qué punto te adoro desde el primer punto en que te vi... Las mujeres del norte somos así, algo locas tal vez, y muy engañosas en nuestro aspecto frío... Durante años y años nada nos conmueve. A veces morimos llenas de hijos y con el corazón virgen. Pero cuando la pasión nos sale al encuentro, se apodera de nosotras con garras implacables... ¿Tú dices que tu madre me tiene miedo?... Más miedo me tengo yo... A ti no, a ti no te temo... Es a mí, porque sé que por tu amor sería capaz de cualquier cosa... Mi pequeño... mi pequeño... mi pequeño...

Escondiendo su divino rostro entre las manos, Edda se puso a sollozar, no como una niña, no como una mujer que sufre, sino como una demente, con quejidos uniformes y acongojadores, en gamas que subían y bajaban sin cambiar de tono. Yo me acerqué a ella, conmovido y atemorizado, y cubrí su cabeza rubia de besos muy tiernos, muy suaves, muy tristes, sin acertar a decirle nada. Toda mi alma, sin embargo, protestaba contra la acusación que ella me había dirigido al asegurarme que yo también debía encontrarla vieja. La encontraba perfecta y la amaba ardientemente, tímidamente, como un novio...

De pronto, con los ojos llenos de lágrimas, se puso en pie, me cogió las manos, y me dijo:

—¿Me amas?

—Te adoro —le contesté.

—¿A pesar de mi edad y de mis canas?

—Si yo no veo en ti nada de eso... si eres la más bella, la más joven de las mujeres... si no sueño más que en ti... si soy tu esclavo...

Me arrodillé a sus plantas. Ella se arrodilló a mi lado... y después de contemplar el Buda de oro que parecía bendecirnos, murmuró en voz velada:

—¡Gautama, que estás entre tus elegidos, tú que aconsejas el renunciamiento, tú que maldices el deseo, tú que me predicas el nirvana, hazle comprender que la juventud no es nada, que la belleza no es nada, que sólo el alma que se sacrifica es grande en su holocausto de amor...!

La iniciación

Mientras Edda elevaba así su alma complicada y teatral al cielo lejano de la India, yo me sentía vulgar y tiránicamente atraído por sus labios palpitantes, por su cuello ebúrneo, por sus ojos húmedos de lágrimas. Nuestros cuerpos se tocaban y el aliento de su boca envolvía mi rostro en un soplo de fuego perfumado. Ella notó la insistencia profana de mis miradas, y me dijo al oído, con un gorjeo tembloroso:

—No me veas de ese modo, pequeño... no seas cruel... Había en su actitud una languidez febril, un abandono de todo su ser que parecía inclinarse bajo el peso de una obsesión. Su cuerpo, envuelto en *peignoir* traslúcido que moldeaba los dos globos rosados de sus senos, no había tenido nunca para mí tan sensuales tentaciones. La encontraba más menuda, más frágil que antes, y me sentía capaz de estrecharla entre mis brazos y de estrujar su carne aún contra su voluntad.

—Mi vida... mi alma... mi mujer —murmuré, sin poder contenerme, acercando mis labios a su nuca.

Ella apoyó su cabeza sobre mi hombro, estremeciéndose. En la estancia, apenas iluminada por las lámparas del altar de Buda, reinaba una penumbra tibia. En un ángulo se erguían dos rosas epitalámicas y fieras, dándonos consejos de vida, de amor, de lujuria. Las figuras de los cuadros volvían hacia nosotros sus caras risueñas, como convidándonos a pecar. El mismo Gautama, convertido en cómplice,

nos invitaba con sus bendiciones desdeñosas a no conceder gran importancia a los prejuicios de la moral cristiana.

—Mi vida... mi vida...

Su boca tapó mi boca... Y fue primero un beso lento, suave, un beso hermético, una caricia sinuosa, mimosa... Y luego, de pronto, aquel beso se abrió cual una flor mojada, se hizo franca y ávida, insidiosa y despótica. Sus labios palpitaban y sus dientes chocaban contra mis dientes. En un instante, Edda había recobrado todo el imperio de su fuerza para hacerme sentir que era siempre mi dueña. Por mis espaldas corrían escalofríos antes nunca sentidos.

—Mi vida... mi vida...

Habíamos caído sobre la alfombra de las preces, al pie del diván, y nuestros cuerpos estaban pegados el uno contra el otro. Sus rodillas se crispaban, oprimiendo una de las mías. Su pecho temblaba junto a mi pecho... Al fin, nuestras dos epidermis cálidas estremeciéndose al unirse... Fue mi primer espasmo, un largo espasmo palpitante, balbuceante, jadeante, inconsciente, casi doloroso. Su boca, abierta sobre la mía, mezclaba los besos con los suspiros y los suspiros con los mordiscos, en un delirio sagrado. Yo había perdido casi por completo la noción magnífica de la realidad y apenas me daba cuenta, en mis transportes y en mis desmayos, de que en aquella hora sublime la Naturaleza me revelaba el más divino de sus misterios...

El fin del idilio

Como si aquella victoria humana hubiera rejuvenecido su alma, Edda se mostró en lo sucesivo más tranquila, más segura de sí misma, y, al propio tiempo, más despótica y más caprichosa. Disponiendo de mí a su antojo, me trataba cual yo me figuraba entonces que los amantes verdaderos debían tratar a sus queridas. Todas las iniciativas voluptuosas partían de ella. Ella solía llamarme: «mi novia... mi mujercita...». Ella se reía de mis timideces, de mis ignorancias... Ella me hablaba de los secretos del *Kama Sutra*, de los ritos obscenos de Krishna. Y de vez en cuando, en los momentos de languidez que seguían a nuestros arrebatos sensuales, prometían llevarme a la India para iniciarme en placeres que sólo bajo el cielo de Oriente pueden florecer.

—Cuando seas mío, enteramente mío —murmuraba sonriendo con sonrisa diabólica—, cuando ya no seas un niño, cuando seas un hombre, comprenderás que el amor es una cosa terrible.

A su lado, entre sus brazos, su sumisión era absoluta. Pero cuando más tarde, en mi cama de estudiante, pensaba en mi situación algo subalterna de juguete vivo, me rebelaba contra mi suerte. En mi orgullo de machito ingenuo me hubiera gustado, si no sentirme más fuerte que mi amiga, por lo menos, igual a ella. Su edad me humillaba, su situación también. Y también su carácter imperioso. Sin embargo, todo me parecía dulce cuando pensaba en el es-

plendor extraño de su belleza y en el sabor embriagante de sus caricias.

Ella, por su parte, hacía todo lo posible por ofrecerme una existencia agradable, rodeándome de halagos. Jamás sus labios exhalaban una queja o un reproche. Para ocupar las largas horas que pasábamos separados, inventaba a cada instante nuevas ocupaciones o nuevas preocupaciones.

Guiada por un jardinero japonés, cultivaba sus flores con mimos minuciosos, y convertía, poco a poco, su *boudoir* en un invernadero exótico. Sus manos, blancas y afiladas, se consagraban durante horas enteras a la lenta labor asiática de transformar una rama de cerezo en un ramillete, o en hacer, con fragmentos de pino, arbolitos enanos. Todo lo artificial la seducía.

—Respira esta rosa —solía decirme.

Y como yo, en mi sencillez, no notaba nada de extraordinario, ella se reía llamándome salvaje y me explicaba de qué manera había logrado perfumar, con esencias mezcladas de sándalo y de jazmín, los pétalos blancos de la divina corola, para comunicarles el aroma místico de la India.

Un día, al entrar en su santuario, la encontré arrodillada ante el Buda de oro, y vi sus ojos enrojecidos.

—¿Has llorado? —le pregunté.

—No —me contestó—, no... Es el humo... ¿No sientes nada?... He tenido que combinar yo misma las esencias para desagaviar al pobre Gautama... Porque estaba irritado, muy irritado... ¿No lo notaste anoche?... Yo vi que sus pupilas

no querían mirarnos... Sin duda, hemos pronunciado, sin darnos cuenta de ello, alguna palabra de las que no pueden decirse en su presencia... De hoy en adelante no dejaré apagarse nunca este pebetero... No podría dormir tranquila si supiera que nuestro señor Sakya Muni no nos es propicio...

Oyendo discursos cual este, yo sonreía complacientemente, haciéndole creer que me preocupaban mucho sus supersticiones orientales. Pero en el fondo, después de haber creído que hablaba en broma, llegué a dudar de su juicio cuando me convencí de que era muy sincera en sus gentiles desvaríos. Las cosas más absurdas la entristecían o la exaltaban, según los presagios que en ellas descubría. A veces, era el vuelo de un pájaro; a veces, una flor que se deshojaba; a veces, un rayo de sol proyectando una sombra...

—Mi pequeño, mi amor, mi vida, mi alma —exclamó una tarde, estrechándome entre sus brazos nerviosos—, ahora estoy segura de que me amas, de que eres mío, de que no me olvidarás nunca... Los números me lo han asegurado. Tú no conoces la ciencia de los números. Es la más exacta, la más antigua, la única...

Y llevándome a un ángulo de su *boudoir*, me mostró un libro extraño, abierto en una página cubierta de signos cabalísticos.

Aquí estamos nosotros —murmuró, poniendo el índice sobre una doble estrella entrelazada—, ¿ves bien?... Los Drujs desean separarnos con la influencia de las tres llamas rojas... Pero los Amesha Spentas, con los siete metales

bajo los siete planetas, nos protegen y nos unen para siempre... ¿Ves bien?... ¿Ves bien, pequeño?...

—Veo...

Entonces, oprimiéndome el brazo con la mano izquierda, y dándome con la diestra un largo alfiler, exclamó:

—Vamos a mezclar nuestras sangres en la página de nuestro destino... Una gota... Una gota de cada uno... Es el rito de la alianza...

Sus ojos verdes, dilatados en las órbitas azules, me inspiraban un terror misterioso. Y yo pensaba, sin atreverme a decir una palabra, abandonando mi muñeca al instrumento de su holocausto: «Está loca, está completamente loca».

Pero un rato después, al verla correr por el jardín, alegre, risueña, ocupada de sus flores, atenta a todos mis gestos, más sencilla y más fresca que nunca, olvidé por completo sus miradas dementes y me extasié, en mi constante adoración, contemplando su belleza.

Fuera de los momentos de malestar que me causaban sus caprichos de bruja, lo único que amargaba mi idilio era la invencible antipatía que mi madre demostraba por ella. «Lo que te suplico —solía decirme— es que no me hables de eso». Pero, sin hablar, era fácil darme cuenta de que vivía preocupada, obsesionada por nuestros amores. ¿Acaso se imaginaba lo que en la rubia escandinava había de desequilibrado, de enfermizo, de peligrosamente seductor?... No lo creo. Lo probable es que, aun creyéndola muy normal, muy armoniosa, muy digna de ser amada y estimada, la detestaba por lo que, para una mujer educa-

da en estrictos principios de austeridad cristiana y de orden burgués, tenía de culpable el caso de Edda. Y tal vez no era siquiera el saberla casada lo que le chocaba. Era más bien su edad, su cinismo, su fiebre de colmarme de regalos. Recuerdo que un día, como papá dijera: «Entre nosotros, lo que indigna no es el pecado, sino el escándalo», mamá aprovechó la ocasión para dedicarme un discurso sin dirigirme la palabra y sin hablar de mí.

—El escándalo —dijo— agrava el pecado, porque lo saca de la sombra y lo convierte en ejemplo pernicioso. Yo no soy de las que practican la hipocresía; pero creo que, lejos de ser un crimen, es una virtud necesaria, algo así como el pudor de los que reconocen su error y tratan, por lo menos, de ocultarlo. Un ser que lucha contra sus malas pasiones, que las reprime hasta donde puede, que se defiende contra sí mismo, tiene derecho, cuando cae, a que se le excuse. Un ser que se precipita en brazos de las tentaciones, no obedeciendo sino a un apetito animal, no merece más que desprecio...

Sin poderme contener, exclamé:

—¡Quién sabe lo que pasa en las almas!...

Mi madre se volvió hacia mí, me miró tristemente y sus grandes ojos se llenaron de lágrimas.

Cuando más tarde, después de cenar, la encontré sola, le dije:

—¿Quieres que hablemos seriamente de lo que tanto te disgusta?

—No —me contestó—, no hablemos de eso.

Yo hubiera sido capaz en aquel momento, para evitarle penas, de renunciar a mi amor, de alejarme de Edda, de sufrir en silencio. Su sequedad hirió mi vanidad. Y sin darle un beso, salí de casa nervioso, irritado, quejándome de mi mala suerte.

No era aún la hora de ir a casa de mi amiga, que comía más tarde que nosotros. Pero como yo no conocía sino el camino de su chalet, hacia allá me dirigí, ansioso de dulzura, de ternura. Al llegar, la doncella me dijo que *madame* recibía en aquel momento la visita de una señora, y para hacerme esperar me abrió las puertas del *boudoir*. Algo noté ahí de cambiado. Una mesa había desaparecido, y en su sitio, vi un mueble chino sobre el cual se erguía, en un cuadro de laca negra, un joven oficial de marina, apuesto, altivo, algo irónico. Instintivamente cogí el retrato y lo examiné con ojos hostiles, sin acertar a descifrar la dedicatoria que llenaba el margen inferior del cartón. Sólo los números de la fecha comprendí: «1889»... Era, pues, de aquel año... No era un recuerdo traído de Europa...

¿Sería acaso algún diplomático de los que solían visitarla?... ¿Sería...? El veneno de los celos penetró en mi alma. Me sentí engañado y humillado: sobre todo, humillado por aquel uniforme, por aquellos galones, por aquel aire... ¡Ah, cuán distinto aquel mozo rubio del pobre hortera apenas salido de su tienda que yo me complacía en ver siempre en mí!... Todo en sus facciones, en su porte, en su elegancia, me causaba horror y envidia. Veía sus pupilas serenas, seguras de sí mismas, orgullosas de poder mirar de igual a

igual a las damas linajudas... Veía sus labios rojos, imberbes, sinuosos, risueños, burlones, detestables y adorables... Veía sus manos finísimas, cruzadas sobre la empuñadura áurea de un puñal... Y, sin poderme contener, soñaba, exaltado, en verlo entrar por la puerta, y en provocarlo...

La que entró, de pronto, fue Edda... Entró sin hacer ruido; observó un instante mi actitud ante aquella imagen. Y adivinando lo que me pasaba, gozó en su singular amor.

—Mi pequeño —dijo—, mi pequeño...

Yo coloqué el cuadro de laca sobre el mueble chino y le pedí mil perdones por haber sido indiscreto.

Luego, fingiendo indiferencia, con la voz seca, con la rabia reflejada en el rostro, le pregunté:

—¿Quién es?...

No me contestó.

—¿Es guapo? —agregué.

—Sí, muy guapo...

—¿Lo quieres mucho?...

—Mucho...

Hubo un largo intervalo de silencio, durante el cual yo sentía impulsos de gritar, de romper el retrato, de injuriar a mi amiga, de marcharme, de desahogarme... Sólo que, por un fenómeno muy frecuente, mientras más volcánicos eran los movimientos de mi corazón, más frío, más hermético se mostraba mi rostro.

Como para exasperarme, cogió el retrato y lo besó largamente, tiernamente.

Entonces, sin poderme dominar, le arrebaté el marco y lo arrojé contra el suelo.

—¡Enrique! —gritó ella, pálida, temblorosa—. ¡Enrique!... Y se acercó a mí, me examinó, puso sus labios contra los míos y me dijo:

—Estás celoso... sí... estás celoso... sufres... me odias... ¿Verdad que me odias?... ¿Verdad que querrías matarme a mí y matarlo a él?... Dime que sí... dime que me odias... que estás celoso...

—Yo... no... ¿Con qué derecho?... Eres libre.

Traté de alejarme. El aliento de su boca me quemaba, y en sus pupilas ardían luces fosforescentes que mi mirada no podía soportar.

—No te vayas —murmuró—; mátame si quieres, pero no te vayas... Te adoro... me gusta verte padecer... ¡Ah, dime que me detestas, maltrátame, hiéreme!... Tus celos penetran en mi pecho como un bálsamo de fuego... Tú sufres y yo gozo... ¿No ves mi alegría?... Mi pequeño, mi pequeño... Ya no eres un niño... Hoy comienzas a ser un hombre... ¡Un hombre!... Mi hombre; vamos al fin a saborear el infinito... Déjame que bese tus manos frías, déjame que bese tus pies...

Me envolvía entre sus brazos febriles, acariciándome la cabeza, el cuello, la espalda... Todo su cuerpo vibraba, ondulando serpentidamente como para estrecharme en sus anillos. Sus mejillas estaban lívidas.

Y me decía:

—Amor, mi amor... sí, quiero que sufras... quiero que conozcas el sabor de agonía que tantas veces ha amargado

mi lengua... quiero que paladees el martirio de los celos... Me amas... ¡Cómo me amas!... Yo no le creía... Yo no lo esperaba tan pronto... Ha sido un milagro... un sublime milagro del Demonio... Yo se lo he pedido al Demonio...

Señalando el marco roto, le dije:

—¿Lo quieres?...

—Sí...

Con un ademán brusco quise arrancarme a sus brazos para huir, mas ella, tan frágil en apariencia, clavó sus uñas en mi nuca y me detuvo. Las heridas que me hacía en la carne calmaban mis nervios, produciéndome una sensación dolorosa y agradable. Se miró las manos, y al verlas manchadas de sangre, de mi sangre, se desmayó, murmurando frases incoherentes, en las cuales yo sólo percibía las palabras amor, muerte, celos... Arrodillado ante el diván, traté de socorrerla.

—No es nada —me dijo volviendo en sí—, no es nada... Siéntate aquí, a mi lado... Déjame reposar un momento... Dime que me amas... Dame tus manos... Bebe mis lágrimas...

Yo estaba a sus pies, sin saber ni lo que sentía, ni lo que pensaba, ni lo que deseaba... Como por ensalmo, mis celos habían desaparecido, y en mi alma reinaba una gran claridad melancólica. La paz del Buda de oro brillando en la penumbra, envuelto en una espiral de humo aromático, parecía sonreírme piadosamente para enseñarme la suprema vanidad de todo. Un cansancio físico,

una modorra de mis miembros fatigados por la fiebre reciente, me sumía en un raro bienestar de convalecencia.

Después de un largo rato de inmovilidad, Edda se incorporó, recogió el retrato, y sonriendo dulcemente, me dijo:

—¿Sabes quién es este oficial tan guapo? Míralo bien... ¿No le encuentras algo que se parece a mí?... Es mi hijo...

Una hora antes, en los momentos más angustiosos en que mi pecho se hallaba a punto de estallar, estas palabras hubieran sido el más dulce de los bálsamos. Cuando ella se decidió a pronunciarlas, lejos de agradarme, sonaron en mis oídos como una confidencia monstruosa, reveladora de un espíritu diabólico, de un cerebro perverso y enfermo. Por primera vez tuve miedo ante sus ojos glaucos, que no fulguraban ya, sino que parecían pedir por piedad una caricia. Entre el humo del pebetero me pareció ver el bello rostro de mi madre, siempre serio, siempre melancólico, siempre tranquilo. Y oí su voz que me decía: «Esa mujer, que se sirve de lo más santo que hay en el mundo, del amor maternal, para hacerte una escena miserable, es, o una loca, o una comedianta peligrosa. Yo la detestaba antes. Ahora la desprecio. Si tú no quieres verla todavía tal cual es, no hay duda de que estás ciego...». Para huir de la sonrisa severa extraña, buscando su boca, buscando su cuello de esmalte, buscando sus brazos serpentinos. No sé si fue ella la que cambió de pronto o si fui yo.

Pero, por primera vez, creí descubrir arrugas en su frente. Ya no era el lirio del Norte, orgulloso y tentador en

su alta esbeltez, en su nítido orgullo. Era una flor que el destino acababa de ajar con manos implacables, como las campánulas que ella misma, entre sus dedos de fiebre, solía marchitar en un minuto de exaltación. Pasándose los dedos por las mejillas, después de frotarse los ojos, se había hecho horribles tatuajes con el antimonio de sus ojeras artificiales. El carmín de sus labios también se había extendido, pintándole un grotesco bigote rojo... Y con eso, y con su lividez, parecía una máscara a la par cómica y macabra. «No es ella —pensé—, no es mi Edda. Es otra... Es una mujer vieja, una bruja... ¿Cómo he podido amarla hasta el punto de no notar que su belleza era un engaño?... Mi pobre madre tenía razón...». Y para saciarme en su súbita metamorfosis, la contemplé largamente.

—Estoy muerta —murmuró.

Luego, más quedo, suspirando mejor que hablando.

—No te vayas, pequeño, no me dejes sola... Tengo miedo... Tengo algo que me acongoja... Siento que va a pasar no sé qué de terrible... No te vayas hasta que se calme mi angustia... Ven a sentarte a mi lado... Busquemos la sombra de Buda para que calme nuestro delirio. Ven, pequeño, mi pequeño, mi vida...

Su cabeza se inclinó, pesada, como si la enorme madeja de oro de sus cabellos sueltos la arrastrasen en su caída... Hubo en su pecho algunos movimientos de sobresalto. Al fin se quedó dormida en el amplio diván oriental, bajo la bendición impasible de Gautama.

Cuando volvía a casa, más tarde, mucho más tarde que de costumbre, mi madre me esperaba inquieta. Al verme quiso encerrarse en su alcoba, pero yo la detuve, y sin darle explicaciones sobre lo que acababa de pasarme, le dije:

—Todo se ha acabado... Ya no tendrás motivos de alarma...

En silencio apoyó su tierna frente sobre mi hombro, y murmuró a mi oído:

—Es nuestra Señora de Guadalupe la que ha hecho el milagro... ¡He llorado tanto ante su imagen!... Si te queda un poco de pena, yo te consolaré... Ya verás qué buena es la existencia después de la tormenta... Duerme bien, hijo mío...

Al día siguiente escribí a Edda una carta cruel de ruptura. Ella me escribió no una, sino cuatro, seis cartas, que no me atreví a abrir, adivinando el dolor que contenían. Más de una vez estuve a punto de correr hacia el santuario del Buda, alucinado por el recuerdo de sus ojos. Pero otros ojos más dulces me detenían en mi hogar.

Pasaron quince días que fueron para mí una convalecencia.

Al fin, una noche, muy tarde, mi madre recibió un telegrama: venía del puerto de San José y decía: *«Je vous comprends et je vous embrasse. Dites lui que je lui pardonne el que je vais mourir de son amour. Je pars ce soir por mon país à la recherche de mon fils. J'ai tant viéilli depuis deux semaines. Adieu. Edda»*.

A medida en que mamá leía, las lágrimas caían de sus párpados sobre el papel azul.

—¡Pobre mujer! —murmuró al fin.

Yo sentí entonces algo trágico y confuso, algo que era rebelión contra el destino de los hombres y que era resignación ante los dolores de la vida... Y sin pensarlo adiviné lo que Maeterlinck habría de decir poco después... Adiviné que, si fuera Dios, tendría piedad del corazón humano...

FIN

Galicismos y traducción sugerida

Página 6

Bibelots: baratijas

Página 7

Petit: pequeño

Página 9

Jolie figure: cara bonita

Oh, pas jolie, pas jolie: Oh, no es bonita, no es bonita...

Página 13:

«*Cher petit ami: J'ai gardé une image si belle de madame votre mère, que je voudrai vous prier de lui offrir le souvenir que je vous envoie ci-joint. C'est un objet sans valeur, mais je l'aime parce qu'il garde un peu du passé religieux du Mexique et parce qu'il est formé de cinquante amulettes qui preservent contre les cinquante dangers de la vie. Le savant qui me l'a donné m'a dit que c'est un des Colliers trouvés à Yucatan au XVIème siècle par Juan de Grijalva. Je vous donne mes mains à baiser. Edda*».

«Querido pequeño: He guardado una imagen tan hermosa de tu madre, que me gustaría pedirte que le entregues el obsequio que le envío. Es un objeto de poco valor, pero lo amo porque conserva un poco del pasado religioso de México, y porque tiene cincuenta amuletos que protegen contra los cincuenta peligros de la vida. El

sabio que me lo regaló dijo que es uno de los collares encontrados en Yucatán por Juan de Grijalva en el siglo XVI. Dejo mis manos para tus besos. Edda».

Página 14:

Cher petit: querido pequeño

Páginas 20, 22, 24, 39, 47, 48, 51

Boudoir: tocador

Página 44

Peignoir: Bata

Página 57

«Je vous comprends et je vous embrasse. Dites lui que je lui pardonne el que je vais mourir de son amor. Je pars ce soir por mon país à la recherche de mon fils. J'ai tant viéilli depuis deux semaines. Adieu. Edda».

«Te comprendo y te beso. Dile que le perdono y que moriré por su amor. Esta tarde vuelvo a mi país para buscar a mi hijo. En estas dos semanas he envejecido mucho. Adiós. Edda».

Enrique Gómez Carrillo

Enrique Gómez Tible, mejor conocido como Enrique Gómez Carrillo, nació en Guatemala el 27 de febrero de 1873. Hijo de Agustín Gómez Carrillo y de la ciudadana española de origen belga Josefina Tible. Tras vivir un tiempo en España y en El Salvador a causa de dificultades políticas, la familia retorna a Guatemala en 1885. Estudió en el Instituto Nacional Central para Varones donde fue estudiante promedio. Al desistir de la formación académica, se inicia como escritor en el diario *El Imparcial* en 1889. Al año siguiente Carrillo trabaja para *El Correo de la Tarde*, diario dirigido por Rubén Darío y fundado por órdenes del presidente Manuel Lisando Barillas, quien al notar su talento literario (y por consejo de Darío), le otorga una beca para radicar un tiempo en España. Sin embargo, no viajó a España sino a París, lugar de influencia definitiva para su obra narrativa y periodística. Por desobediencia le retiran la beca, pero la recupera al dirigirse a Madrid. En esa ciudad publica *Esquisses* y colabora con distintas publicaciones periodísticas. Vuelve a París para publicar *Literatura extranjera* y *Estudios cosmopolitas*, textos que añadieron fama a su prosa. Desde ese momento se le conoció como «Príncipe de los cronistas». Gómez Carrillo gozó de las facilidades de la vida diplomática y polí-

tica, siendo nombrado cónsul de Guatemala en París por el presidente y amigo personal Manuel Estrada Cabrera. De su labor como escritor de crónica se cuenta con títulos como *El Japón heroico y galante* (1912), *Romerías* (1913). La novela *Mi primer amor* fue publicada por primera vez en 1924 por la editorial Prensa Moderna y reeditada por Editorial Renacimiento en 1999. Este 2024 se cumplen cien años de su publicación. Enrique Gómez Carrillo murió en París el 29 de noviembre de 1927, a los cincuenta y cuatro años. Sus restos mortales descansan en el Cementerio Père-Lachaise.

Contenido

<i>Los ojos de la pantera</i> ...	5
<i>En pleno idilio</i> ...	17
<i>Las lágrimas de sus ojos</i> ...	30
<i>La iniciación</i> ...	43
<i>El fin del idilio</i> ...	45
<i>Galicismos y traducción</i>	
<i>sugerida</i> ...	58
<i>Enrique Gómez Carrillo</i> ...	60



Editorial
Cultura